

1. *La noche larga*¹, de Carmen Botello

A continuación se ofrece el texto en prosa en el que basa su Análisis literario guiado el estudiante de NM que aparece como ejemplo en el tema 9 del libro.

Soñé que te encontraban por la mañana, minutos antes de las ocho, medio muerta de frío entre los polvorientos legajos amarillos y hediondos del archivo de la casa. Soñé que tu cuerpo frágil y enjuto se doblaba sobre la mesa de tu despacho perdido en la laberíntica biblioteca podrida y oscura de la casa. Tus lágrimas, de desesperación primero, y de miedo resignado después, dibujaban en tu rostro infantil, de permanente y asombrados ojos, unos surcos salados y resecos que resbalaban hasta la barbilla temblorosa y terminaban al filo de la garganta, irritada de tanto gritar y pedir socorro.

Soñé que, absorta y embebida en algún urgente informe, te dejaste encerrar con candados y cadenas sin que recordases de antemano la estupidez reconocida del conserje del último turno. Soñé que las llaves del candado, que por seguridad tú también tenías, desaparecían misteriosamente del bolsillo de tu gabardina, esa casi blanca, con la que me resultas tan entrañable y descuidadamente atractiva.

Durante largas horas me persiguió el tormento, esta noche, de tu rostro pálido y dolorido gritando. Y de tu risa, cuando comprendiste, que la trampa había sido abierta y habías finalmente caído en ella.

Muchas veces bromeábamos sobre el asunto. Discutíamos si en realidad el Fantasma del Archivo, del que todos sabíamos que se alimentaba de legajos y que, opcionalmente, enriquecía su dieta con la energía desprendida por el horror de algún incauto, podría alguna vez apoderarse de nosotros y, socavando nuestra razón, envenenarla con los dardos del sinsentido. Acuérdate que comentábamos siempre que el Fantasma no conseguiría romper nuestra barrera; no podría subyugarnos con su lengua fría y grande; no nos lanzaría al abismo del terror para luego crecerse y vivir en él y gracias a él.

Claro que entonces se trataba tan solo de una mera conversación especulativa de desayuno porque, en realidad, ninguno de nosotros creímos nunca en aquel dichoso esperpento de dudoso gusto que figuraba en los catálogos de la casa como otra rareza más del enjambre de estanterías carcomidas.

Cuando te enviaron sola a esa ala del edificio nos reímos. Dijimos que, finalmente, podríamos atraparlo tirándole, precisamente, de su lengua voraz y atrevida, omnipresente.

Soñé que, una vez probadas todas las llaves que encontraste en cajones y estantes y después de cerciorarte una vez más que la tuya, por alguna razón que aún no te inquietaba, se había esfumado, no cediste todavía al desasosiego amenazante y que volviste despacio desde la puerta principal del archivo, mirándolo todo bien con los negros ojos muy abiertos, punteando apenas tu cara pálida y triste, como de niña perdida, hasta el rincón de tu despacho. Te detuviste ante los retratos de los reyes y prohombres antiguos, en las armaduras, en los códices y pergaminos encerrados en vitrinas que tanto te gustaban, en las espadas y escudos, los pendones y banderolas. Observaste con detenimiento el pan de oro agrietado del fresco principal, ese que representa con gracia infantil la escena de la creación del hombre, con el ángel blanquísimo de fondo, mudo espectador marmóreo. Lloraste ante el azul brillante y puro del manto de la reina, porque solo con el azul puede tu pupila temblar hasta la lágrima, y abriste más aún los oscuros ojitos al advertir que los pesados flecos de su capa oscilaban por efecto de una imprecisa ráfaga de aire que parecía surgir de las propias baldosas rojizas del pavimento.

Las letras doradas de los lomos, casi ocultas por los tejuelos grisáceos de los libros, saltaron de improviso de su lugar y algunas quisieron depositarse en tus manos, y buscaron luego hueco entre los pliegues de tu jersey granate. Soñé que no dabas crédito a lo que sucedía, preocupada, más que por que el fenómeno, por encontrar un motivo lógico con el que tu mente agotada justificase el desatino. Aún así, vi cómo sacudías las manos y cómo te despegabas del jersey —se adherían a la peluda lana— unas os y unas ces brillantes y salarinas, menudas. Impulsadas por el mismo vientecillo extraño se alejaron de ti, y en la distancia, se alinearon formando una pequeña y ridícula muralla que pretendía impedir que prosiguieras tu camino. Con la certeza de estar sufriendo una alucinación producto de la sorpresa y los nervios, avanzaste casi con convicción hacia ellas y se desvanecieron.

Cuando regresaste a tu mesa te asaltó el convencimiento de que la llave te había sido robada. Soñé que te reías entonces, casi víctima del pánico pero aferrada aún a la idea de la lucidez por encima de todo. Una lucidez cada vez más lejana. Porque por fin debías empezar a reconocer que te tenía atrapada. Y te inquietaste. Y te rebelaste,

¹ Botello, Carmen. "La noche larga". *La gata roja y otros cuentos tristes*. El Nadir Ediciones, 2010.

lloraste, y volviste a reír y quisiste ser razonable y quizá, en algún momento de esa mi-tu noche, lo conseguiste.

Siempre me has parecido valiente.

"Tiene la manía de lamerte hasta hundirte en un charco de saliva porque cree que así halaga. En el fondo, debe lamentar el pánico que produce –decíamos– aunque necesite de cierta dosis de nuestro miedo para persistir como tal".

Primero atisbó entre las cortinas y la "forma" que adoptaba aún era la del airecillo juguetero y cálido. Tus papeles se movieron, primero imperceptibles casi, luego con alborozado disimulo, finalmente, hasta el teléfono optó por la danza desenfadada y los papelotes apergaminados de las cercanías crujieron doloridos y se sumaron al escándalo. Una vorágine de polvorientos rollos y resacos volúmenes se transformó, de repente, en una danza ordenada y graciosa aunque tú, naturalmente, no consiguieras apreciar el juego del ritmo y la cadencia, la musicalidad primitiva y diversa de los folios enloquecidos y crecidos en tu horror. Tu horror que, recuerda, alimentaba y recargaba las energías de la cosa.

Las cortinas se descolgaron, los tapices rompieron sus ataduras y dejaron jirones en los clavos y los marcos pero, a pesar de sus mutilaciones, se entregaron a la danza con más vehemencia que los papeles; las sillas menos pesadas se unieron a la barahúnda e incluso hubo algún tapizado de ajado terciopelo y oro que saltó despegado de su asiento para envolverse en la lujuria del baile. Tu gabardina inició una suerte de paseíllo grotesco y se deslizó por el corredor flanqueado por las altísimas librerías acristaladas y llegó hasta la puerta del retrete. Abrió y entró, y cuando observaste danzar también a las toallas y a las servilletas de papel, tuviste ganas de lanzar una sonora carcajada. Soñé que, en ese instante, y sin duda debido a que relajaste la guardia, los objetos más pesados desprovistos ya de "vida" dieron con su materia en el suelo. El teléfono se destripó emitiendo toda suerte de disparatados sonidos, una espada se tambaleó y quedó postrada inmóvil, los diccionarios y las banquetas de torneados apoyabrazos, más bien diseñados para el recreo de la mirada que para el descanso, se detuvieron de improviso en cualquier lugar. La mesa de actas se acomodó en un rincón y tu portafolios, tan animado hacía solo unos segundos, cesó también en sus saltos, aunque quedó abierto y lo que fue su contenido aún volando.

Fue entonces cuando, entre alegres variaciones, quiebros y recortes de innumerables papelillos, el fantasma inició su recorrido por ti. No pude llegar a reconocer en mi sueño forma alguna, solo estuve segura de su hume-

dad, de su insistente frialdad de muerte triste, de su deseo de tenerte, de absorberte hasta el fin, aunque supusimos siempre que ello no era posible. "Solo extrae fuerzas –asegurábamos–, casi debíamos ser generosos si llegara el caso...". Tú tuviste que serlo: aquello no te dejaba camino para huir. Recorrió todos los rincones de tu cuerpo, tu ropa, husmeando en la lana peluda y suave del jersey hasta empapararlo. Buceó en la cálida convexidad de tu abdomen hasta convertirlo en un pozo glacial poblado de miedos remotos y eternos; en tus orejas, menudas y blandas, hasta que los gritos lejanos del mundo desistieron y se alejaron del conducto obstruido por su pesadez fangosa, impregnada de un indefinible aroma. Caminó por los surcos de tu edad dibujando con esa lengua enorme su propia existencia de soledades y vacíos, arrebatándote con lengüetazos egoístas todos tus años, los felices y los dolorosos, llenos de pasado y cuajados de esperanza. Insistió en alisar las palmas de tus manos grandes y fuertes, en perpetuo contrasentido con tu imagen, que siempre se me antojó vulnerable y difusa, para liberarlas, supongo, de las huellas del amor que el Fantasma no podía sentir. La frialdad de su saliva, empleada toda en arrebatarte la historia que habías creado, se tornó torrente helado y celoso para barrer, no solo las líneas marcadas desde tu nacimiento, sino todas las añadidas, esas que habías ido creando arropadas por tu mundo de paraísos recorridos palmo a palmo. Te quería sin duda para sí más de lo que nunca quiso a nadie porque te intuía enteramente valiosa.

Soñé contigo anoche pero, cuando desperté confusa esta mañana, me asaltó de repente una duda extraña y horrible. Un miedo salvaje, distinto a todos los malestares que regularmente me producen las pesadillas.

La tormenta abrió los ventanales de tu despacho y rompió los cristales. Algo debió golpearte porque cuando te encontraron aterida, empapada por la lluvia furiosa, una larga y limpia herida que ya no sangraba te cruzaba la frente. Me lo dijeron nada más llegar y comprendí por qué, cuando salí de casa, el malestar comenzó a ser más preciso. A pesar de ello, nunca imaginé que te tuviera que susurrar mi sueño de este modo: tú delirante, con los ojos llenos de imágenes remotas y terribles. La enfermera, un ser odioso que quiere deshacerse de mí, me asegura que no tienes pulmonía a pesar de la fiebre. Es una hipócrita. Algunos creen que solo te asustaste por el fragor de la lluvia que casi inunda el despacho y que llegó, en un reguerito torpe, hasta el pasillo principal, pero yo sé que su frialdad te ha traspasado por completo y para siempre, y no entiendo cómo escapaste de morir después de tantas horas mojada y a oscuras, sola, tan fría..., estando aquello allí, aún, en acecho.